

# SIEMPRE CERCA DE TI

## A TU PIES DE NUEVO

Padre, una vez más me encuentro aquí, bajo tus pies y observada por tu mirada radiante y misericordiosa y como si fuera la primera vez que te tengo cerca de mí, mi cuerpo tiembla de la emoción y mis labios apenas son capaces de dejar fluir entre ellos estas torpes palabras.

Hace solo unos minutos he besado tu bendito pie, en señal de mi devoción y cariño y he podido hablarte bajito, como siempre lo hacemos, pero hoy nuestra conversación continuará en voz alta, para poder compartir con mis hermanos nuestros momentos más íntimos, aquellos que sólo Tú y yo sabemos.

¡Cuántos recuerdos pasan ahora por mi mente, cuántas palabras e imágenes vagan de un lugar a otro de mi cabeza llegando siempre a la misma conclusión: la paz, el amor, la alegría, la felicidad, la amistad...!

Recuerdas, Padre a esa Columna atado, cuántos juegos y risas hemos vivido juntos cuando sólo era una niña y corría como sabia nueva, entre las grandes y frías naves de tu casa... Aunque para ser sincera tampoco hay que olvidar las riñas de nuestros mayores cuando hacíamos alguna fechoría propia de la edad.

Aún tengo entre mis recuerdos, un día que llegué acompañada por unos amigos para darles a conocer mi Hermandad y como no, mis Imágenes Titulares. Al entrar en nuestra iglesia ellos se santiguaron frente a Ti y yo simplemente dije: *“¡hola, ya estoy aquí de nuevo!”*, ellos me miraron con cara rara pero se callaron. Al llegar al altar de tu Bendita Madre, la situación se volvió a repetir y ellos ya no se pudieron aguantar y me dijeron: *“M<sup>a</sup> José, ¿porqué no te persignas ante tus Imágenes?”*, y mi respuesta fue clara y rápida: *“cuando entro en este templo, entro en mi casa y ellos son mi familia, no considero que le falte el respeto porque mi saludo no sea igual al del resto de personas, mi forma de respetarlos es sabiendo perdonar, ayudando a mis hermanos y como no, intentando ser buena persona.”*

Tú bien sabes que entre estas calles y en estas paredes comenzó mi vida cofrade y que de tu mano empecé a caminar por este sendero, en el que no siempre es fácil andar y en el que, como en nuestra vida cotidiana, tropezamos con piedras que nos hacen caer. Pero ahí estas Tú, para darnos ánimos y fuerzas para levantarnos y seguir caminando, para que descubramos que tenemos muchos hermanos en los que apoyarnos porque todos formamos una gran familia.

¡Cuántos nos necesitamos unos a otros! ¡Cuánto necesitamos de la familia a lo largo de nuestras vidas! Cuando nacemos, somos seres indefensos, frágiles, ignorantes sobre el sentido de la vida. Todo se nos regala, todo se nos da: cuidados, atención, mimos... y a partir de ese primer día que vemos la luz, comenzamos a reconocer los rostros, las voces de aquellas personas que con el tiempo aprenderemos a llamar papá, mamá, abuelo, hermano... y que jamás podremos separar de nuestras vidas.

Una familia carnal, a la que Tú Señor, con el paso de los años, vas añadiendo nuevos miembros, porque Tú, Aquel que mejor nos conoces, vas poniendo en nuestras vidas a esas otras personas a las que sentimos como familia, con quienes compartimos lo que somos, lo que atesoramos, lo que queremos llegar a ser...

Tú, Padre, nos llamas por nuestro nombre y nos reúnes en torno a Ti, en esta gran familia a la que desde tu infinita misericordia, nos enseñas a nombrarla como Hermandad, y en la que esa fe inculcada por nuestros padres, va creciendo y haciéndose cada vez más fuerte.

Son nuestros padres los que nos enseñan a dar nuestros primeros pasos en el camino de la fe, del amor, del perdón. Ellos nos inician en los sacramentos, nos llevan de la mano a vivir la experiencia de escuchar tu Palabra, nos muestran de una manera sencilla lo que para ellos Tú eres, nos transmiten unos valores desde los que vivir y buscar la felicidad.

Son mis padres los que me enseñaron a llamarte Padre, un Padre a una columna atado por amor. Los que me explicaron quién era tu Madre, una Madre llena de infinita paciencia. Los que me hicieron conocer y vivir esta Hermandad como mi segunda casa, como esa familia que se amplía por unos lazos invisibles e irrompibles, como los lazos de la sangre. Son mis padres los que incasablemente cada día me tienden su mano, aunque yo crea no necesitarla, para que jamás olvides que Tú los escogiste para mí y que a pesar de todo, siempre, siempre estarán.

Hoy Señor, mi Señor en la Columna, una vez más te doy gracias por ellos y con todas mis fuerzas te pido les concedas tu gracia de estar junto a mí por muchos años.

## LA ANTESALA DE LA PASCUA

Señor, hoy nos encontramos aquí para prepararnos para la llegada de la Pascua, para la llegada de esa fiesta que esta familia llamada Hermandad de la Columna, celebra con alegría e ilusión cada Jueves Santo.

La celebración de la Pascua judía era una fiesta vivida y celebrada en los hogares y no en el templo, junto a la familia, teniendo la casa como lugar de salvación, como refugio. Nosotros, como continuadores de esa tradición, unimos casa y templo, ya que los más de 600 hijos que formamos esta familia vivimos en este templo a lo largo de nuestras vidas, muchos momentos buenos y otros que no los son tanto; un templo al que siempre volvemos buscando aliento a nuestros problemas o para confiarte algún cambio en nuestra vida, convirtiéndose por ello el templo en una gran casa de bóvedas altas y columnas solitarias, que nos ofrecen protección y abrigo, encontrando en sus moradores la fuerza para seguir y luchar contras las adversidades que día a día tenemos que superar, descubriendo con ello como cada uno aporta algo a este hogar y el vacío cuando lo abandona, bien por voluntad propia como aquel hijo mayor de la parábola o porque Tú le llamas definitivamente a vivir el cielo prometido.

En el calendario de los nómadas, de los cuales heredó Israel la fiesta Pascual, la Pascua era el primer día del año. Para nosotros, miembros de la comunidad cristiana que da fe de su creencia cada Jueves Santo, cada uno a su manera: unos de costaleros, otros de nazarenos o simplemente llevando su penitencia de forma íntima y en silencio... en esa noche comienza nuestro año, nuestra cuenta atrás para volver a verte derramando tu gracia y tu bendición sobre todos los carmonenses, siempre bien acompañado de tu madre, María Santísima de la Paciencia.

Todos los años, por Pascua, Israel debía acudir en peregrinación a la ciudad santa: Jerusalén, para volver a sus orígenes, para ser creado de nuevo, para recibir otra vez su salvación, su liberación y fundamento. Tradición que nosotros recreamos peregrinando cada Jueves Santo en pos de Ti hasta la Iglesia de Santa María para en ese corto peregrinaje, acompañarte en tus horas de agonía, para poner en orden nuestras vidas, para sentir en nuestro cuerpo el cansancio que nos libera el alma, porque a cada paso vamos dejando lo que nos pesa, lo que nos angustia, lo que nos duele y vamos descubriendo en cada calle que pisamos, las razones que nos llevan a hallar en Ti la principal razón para nuestras vidas.

Al cerrar cada Jueves Santo el cerrojo de la puerta que guarda nuestros secretos y nuestros sueños, volvemos a formar de nuevo esa gran familia que se cobija en una casa cálida y hermosa, convirtiéndose tu templo en un valle en el que nuestras almas se encuentran protegidas de las adversidades, sintiendo seguridad y paz, la paz de habitar juntos, que nos permite vivir y guarda la creación.

Ya sabes Padre, que para mí el Jueves Santo es un día de nervios, de muchas preguntas sin respuestas, de satisfacciones. De alegría al ver a ese niño que viste por primera vez la ropa de nazareno y que te pregunta mil veces que *“cuándo vamos a salir”* y mientras ese momento llega, su canasto de caramelos se vacía una y otra vez y el ronco sonido de la caída de los cirios, se va repitiendo como preludio del repique del tambor, consecuencia de los nervios provocados por la ilusión de salir a la calle.

Este día pasa para mí en un segundo, cuando me doy cuenta ya me he revestido con mi túnica y capa blanca y antifaz azul y tras el ritual de formar la cofradía y ordenar las filas de nazarenos, mis oídos escuchan el seco sonido del cerrojo y esa gran puerta de madera, deja pasar los rayos de sol iluminando de gracia cada rincón de esta gran casa, avanzando lentamente la cruz de guía hasta la plazuela que reciben el caluroso aplauso de los hermanos que esperan impacientes la salida de la Hermandad, un aplauso que se escucha desde dentro del templo y un revoloteo de mariposas te recorre todo el cuerpo, tengas la edad que tengas, porque a esta alegría mezclada con miles de sentimientos, nadie se acostumbra.

El recorrido se me pasa en un cerrar y abrir de ojos, entre idas y venidas de un lado al otro del cortejo que te va escoltando durante todo tu discurrir por las calles de Carmona, por las calles de tu barrio, calles a las que va bañando con tu dulzura y tu mirada serena, transmitiendo todo tu amor y dando una palabra de aliento para todo aquel que te mira impaciente, intentando encontrar respuestas a sus problemas.

Y sin darnos cuenta el momento llega y tus hijos que te cargan sobre su cerviz con gran esfuerzo y cansancio, te llevan de nuevo a tu casa y el toque del llamador y la voz ronca del capataz: *“ahí quedó”*, nos hacen ver que la Estación de Penitencia ha

terminado y que comienza de nuevo el deshojar de ese calendario que con impaciencia, cada día miramos repitiéndonos a nosotros mismos: *“ya queda un día menos”*.

Sí, ya hoy queda un día menos Señor, para volver a mirar ansiosa el cielo y verlo vestido de un azul intenso; para volver a vestir la túnica; para encaminarme nerviosa a la Iglesia; para postrarme a tus pies y rezarte con labios temblorosos; para que el corazón lata atropelladamente en mi pecho cuando tu bendito cuerpo, sea bañado por los tímidos rayos del sol de la caída de la tarde; para caminar detrás de Ti y cuando vuelva mi mirada, encontrarme con tu dulcísima Madre en su llanto desconsolado; para escuchar la última nota de la marcha real y el sonido del llamador que una vez más volverá a poner esa nota triste en mi corazón, al caer en la cuenta que de nuevo, quedará todo un año de espera para volver a vivir estas horas que pasan presurosas por mi vida, que pasan, casi sin darme cuenta, pero llenándolo todo, porque Tú Señor, has pasado otra vez por mi vida.

### COMO UN GRANO DE MOSTAZA

En el Evangelio de San Mateo podemos leer: *“El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta”*. (Mt 13, 31-32) Hoy quiero pararme y reflexionar estas palabras que Tú pronunciaste hace más de dos mil años.

Tu Reino lo comparas con un grano de mostaza, con algo muy pequeño, que es plantado en esa huerta que es el mundo. Hoy entiendo Señor, que tu casa es un gran huerto donde desde pequeños crecemos, siendo sembrados por nuestras familias, por nuestros amigos o traídos hasta tus tierras, hasta tu reino, en el pico de un lindo pajarillo que por casualidad frenó su vuelo frente a tu puerta.

Del mismo modo que esa semilla, llegamos siendo los más pequeños de la comunidad, perdidos, buscando sentido a nuestra vida, todos se burlan de nosotros, pero Tú Padre nunca nos abandonas cuando nos discriminan y nos susurras al oído: *“no te preocupes si sólo eres una semilla diminuta, siémbtrate en mi corazón y verás hasta dónde puedes llegar”*.

Tú Señor, buscaste a los pequeños, a los humildes, a los más pobres... A aquellos que todos despreciaban: leprosos, prostitutas, endemoniados... A aquellos que más necesitaban de Ti, de tus palabras, de tu mirada...

¿Qué tiene Señor tu mirada que penetra en lo más íntimo de mi alma? ¿Qué tiene Padre tu mirada, que siempre la busco en los momentos de cansancio, de desilusión, de dolor...? ¿Qué tiene mi Dios azotado, que cuando me miras me transformas y me liberas de todos mis pesares, de todas mis angustias, de todas mis cargas?

¿Cómo puedes mirarme con esa ternura, si todo tu cuerpo está lleno de dolor? ¿Si los azotes no paran de golpear tu espalda, tu cuello, tus brazos, tus piernas?



¿Cómo estás de pie mirándome con dulzura, aún sabiendo que yo como Pedro, te niego una y mil veces cuando me alejo de Ti, cuando me miro solo a mí, cuando no soy capaz de perdonar?

¿Cómo Señor, sigues soportando nuestros azotes transformados en envidias, en críticas, en intolerancias, en faltas de amor a nuestro prójimo?

Ya, ya lo sé, ya sé que eres ese Padre bueno, ese Padre lleno de misericordia, lleno de perdón, dispuesto siempre a recibir a sus hijos más alejados, dispuesto a seguir dando la vida en ese pequeño trozo de pan que en cada Eucaristía recibimos como alimento para nuestras vidas.

## SEMILLAS EN MANOS DEL SEMBRADOR

Tus palabras, Señor, son como esas semillas de la parábola del sembrador...

*“Al comenzar al sembrar parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves y la devoraron”*. Recuerdas Padre cuando comenzaste a dar testimonio de fe, cuántas personas quedaron junto al camino sin saber qué hacer, optando por la vía de creer en aquel que le ofrecía oro y riquezas, no queriendo renunciar a sus comodidades y a sus bienes...

¿Cuántos hombres y mujeres hoy nos seguimos mostrando tibios, indecisos ante tu palabra, ante tu propuesta de vivir desprendidos de las cosas materiales y aspirando a tener *“tesoros en el cielo”*?

*“Otras semillas cayeron en las pedrizas donde no había mucha tierra, y en seguida brotaron, porque la tierra no era profunda y al salir el sol se quemaron porque sus raíces no eran profundas”*. Todos aquellos que siguieron otro camino sin fundamento, sin un verdadero motivo, ¿qué fue de ellos Padre? ¿Se derrumbaron de la misma forma que los frutos?

¿Por qué somos tan débiles Señor y nos cansamos rápidamente de los compromisos, de las obligaciones, de estar siempre dispuestos a dar la cara por Ti? ¿Por qué buscamos la apariencia, las formas, “el quedar bien” y en nuestro interior nos falta profundidad, carecemos de esa intimidad diaria contigo que se encuentra en la oración? ¿Por qué nos olvidamos fácilmente de nuestros hermanos?

*“Otra parte cayó entre los espinos. Y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto”*. Me pregunto Padre ¿cuántos hermanos tenemos vagando por caminos que no llevan a ningún lado; siguiendo a personas que manipulan sus ideas, que coartan su libertad... o dejándose llevar por malos hábitos y vicios que no dan nada a cambio y que lo único que consiguen es llevarlos a un barranco donde no hay vuelta atrás?

¿Cuántas veces nosotros podemos ser esos espinos que ahogan a los demás? ¿Cuántas veces con nuestros comentarios, con nuestros actos, con nuestra intolerancia, impedimos el crecimiento de nuestros hermanos? ¿En cuántas ocasiones, mi Dios azotado, ahogamos tus palabras llenas de vida, con nuestras palabras, vacías de sentido?

*“Y por último otras semillas cayeron en buena tierra y creciendo y aumentando, dieron frutos”. Aquí se encuentran tus seguidores, los que eligieron el buen camino, el camino del amor, de la paz, el perdón, los que creyeron en algo verdadero, en un Dios que murió por nuestra salvación y que fue difundiendo la Palabra por todos los senderos y rincones de este gran huerto que es el mundo.*

¿Somos nosotros esa tierra buena donde crece tu semilla? ¿Soy yo, Señor, buena tierra para tu proyecto de amor? ¿Es mi vida reflejo de esa semilla recibida que con los años va dando frutos?

Yo quiero ser tierra en la que Tú crezcas, mi Dios azotado y humillado en una fría columna... Quiero oír tu Palabra y que siempre sea tu voluntad la que se cumpla en mi vida... Quiero recibir el agua de tu amor que alivie la sequedad de mis tropiezos, de mis caídas, de mis decepciones... Quiero que mi tierra sea arada por tus manos, sentir como me cuidas y como me moldeas para que en mí brote *“el fruto que produzca a treinta, a sesenta y a ciento por uno”*.

## EPÍLOGO

¿Sabes, Padre? Creo que por hoy ya he hablado demasiado, que mis labios deben retornar al silencio propio entre Tú y yo, para ser lo que siempre es cada vez que nos encontramos como ahora: yo te miro sin decir nada y Tú me miras, diciéndome muchas cosas.

Mis palabras deben callar para dejar que Tú, como tiene que ser siempre y en todo momento, seas el centro, para dejar que todos los que están ahora aquí, junto a Ti, te acaricien con sus oraciones, te susurren sus deseos, sus pesares, sus alegrías, sus ilusiones y abrir ese corto camino que te conduce hacia tu paso, hacia ese lugar en el que mostrarás toda tu dulzura y mansedumbre a quienes salgan a tu encuentro en la noche del Jueves Santo.

Sé que te dejo en buenas manos, en las manos de tus hijos, en esas manos que con el mayor de los cuidados te alzarán hacia tu trono, desde el que una vez más anunciarás, que por amor a todos los hombres, soportas la crueldad de los azotes.

Pero déjame que por un instante mire a tu Madre, a tu Madre que es mi madre, porque Tú así lo quisiste, porque sabías que en Ella íbamos a encontrar a la más dulce y paciente de las madres.

Déjame que a Ella le pida por esta gran familia a la que amorosamente cuida, por la que siempre tienes sus brazos abiertos para acogernos a todos en su regazo.

Déjame que le mire a los ojos, a esos profundos ojos, para implorarle por cada uno de sus hijos, por cada uno de los hermanos de esta Hermandad, para que siguiendo su ejemplo, seamos fieles como Ella a Ti, seamos incasables discípulos dispuestos a hacer realidad tu Reino.

Déjame que le diga muy bajito lo que mi corazón no puede callarse por más tiempo y aún menos mi garganta: ¡guapa!

Acabo Padre, esta reflexión en voz alta que me he atrevido a compartir, aún sabiendo que mis torpes palabras a penas puedan decir nada de Ti, porque no hay palabras que contengan y expliquen lo que Tú eres en mi vida, Señor, Jesús en la Columna. Y lo hago, como lo hice en aquel momento tan importante y especial en mi vida de Hermandad, con un verso nacido de lo más íntimo, en el que se derrama lo que soy:

Déjame, Señor, estar contigo  
ahora que todo ha acabado,  
déjame tocar tu cuerpo  
maltrecho y flagelado,  
tocar la columna fría  
donde tienes tus manos  
atadas por una cuerda,  
atadas por mis pecados,  
porque ¡cuántas veces, Señor,  
ante los demás te he negado!

Y ahora que te tengo tan cerca  
en tu rostro golpeado,  
puedo ver que Tú eres Dios  
un Dios que por salvarnos  
ofrece su vida en la cruz,  
ofrece su cuerpo ultrajado  
y no se cansa de gritar  
desde una Columna atado,  
que su Reino es el Amor,  
su Vida sólo amarnos.

Estar junto a ti, Señor,  
es cuanto había soñado,  
poder rozar tu espalda  
con mis dedos que temblando  
igual que mi alma desnuda

ahora te está rezando  
con palabras que aprendí,  
con vidas que me enseñaron  
a quererte como a nadie,  
¡Tú, mi Cristo azotado!

María José Dana Fernández  
09 de abril de 2011